LOS HIJOS DE LA TIERRA
ITZIAR ARAMENDI GOIKOETXEA

LOS HIJOS DE LA TIERRA

ITZIAR ARAMENDI GOIKOETXEA

Título: Los Hijos de la Tierra
©: Itziar Aramendi Goikoetxea
Publicación independiente
Portada: Pixabay
Depósito legal: D 502–2022
Editado en ebook: 2022
1ª edición impresa: 2022

Itziar Aramendi Goikoetxea nació en Ordizia (Gipuzkoa) el 20–10–1955. Es profesora de euskera. Ha escrito numerosos relatos cortos, tanto en euskera como en castellano, y varias novelas cortas, como LOS HIJOS DE LA TIERRA o EL JARDÍN PERDIDO.

En euskera ha resultado galardonada en varios certámenes de relatos cortos, como el Argoiak en los años 2007, 2008 Y 2010, el Bizenta Mogel, en los años 2008 Y 2013, el Certamen Literario de Ermua en 2009 y los Premios Literarios Huellas Plus 55, en los años 2017 y 2018, entre otros.

TABLA DE CONTENIDOS

VACACIONES FORZOSAS 9
EL SUEÑO 19
UN DESCUBRIMIENTO INQUIETANTE 26
VUELTA A FONDA PALMIRA 32
CONFESIONES 40
LA TRAGEDIA 47
ALGO MÁS QUE UN SUEÑO 54
EL VIAJE 62
UNA NUEVA REALIDAD 70
LA RECUPERACIÓN DE MAT 81
LA CARTA 89
MAT VUELVE A LA CARGA 98
UNA NUEVA PISTA 106
EL ANIVERSARIO 118
LOS PAPELES DE OSVALDO 125
CAPÍTULO FINAL 134

VACACIONES FORZOSAS

Tal vez escaseaban las noticias, por eso todo el mundo miraba hacía la prisión estatal. Los medios de comunicación se estaban despachando a gusto con los acontecimientos que habían desencadenado la puesta en libertad de Gato, un preso común tristemente famoso por sus múltiples fechorías. De todas formas, el atraco que había protagonizado pocas horas después de haber sido liberado estaba siendo una circunstancia secundaría. El eje central de la información arrojaba sobre los expertos en comportamiento humano de la cárcel, tal volumen de negligencia e ineptitud que resultaba apabullante. Aquellos chapuceros

habían aconsejado que Gato fuera devuelto a la libertad, argumentando que el sujeto en cuestión estaba en disposición de afrontar una vida cotidiana normal. No en vano, se había sometido de buen grado a terapias de todo tipo que le habían inculcado valores que antes desconocía. Todo había resultado ser una patraña. Gato había vuelto a las andadas, recurriendo a lo que mejor sabía, la práctica de la violencia. A resultas de ello, dos ciudadanos habían sido heridos de gravedad y aún se temía por sus vidas. Afortunadamente, el malhechor pudo ser reducido y puesto a buen recaudo casi a la par que las ambulancias efectuaban el traslado de las víctimas al hospital más cercano.

Fernanda Ruiz era la psicóloga jefe de la penitenciaría. En su larga trayectoria profesional no había vivido un momento peor. Les estaban tratando como si fueran ellos los delincuentes responsables de aquel

atraco. Se repetía constantemente que eran funcionarios a quienes se les garantizaba un puesto de trabajo de por vida, y cuya labor se limitaba a despilfarrar el dinero de los contribuyentes que les habían otorgado toda su confianza. No sabía cuánto tiempo más podría soportar aquel acoso sin desmoronarse. La de ellos no era una ciencia exacta, y acababan de fracasar estrepitosamente. Nadie iba a olvidarlo con facilidad. Sin embargo, los acontecimientos dieron un giro inesperado cuando el director en persona le ordenó tomarse un par de meses de asueto. Querían retirarla de la circulación, esconderla del juicio popular y del ambiente soliviantado de las calles. Fernanda, que en primera instancia se había sentido agredida por las palabras de su superior, terminó por plegarse a la evidencia de que aquella podía ser la salida más razonable ante aquellos adversos sucesos.

Hizo las maletas y se dispuso a abandonar la ciudad. Necesitaba distanciarse de aquel embrollo. Era una suerte no tener que darle explicaciones a nadie. Se despediría por teléfono de su amiga Marian, que estaba al tanto de todo lo que había tenido que soportar en las últimas semanas, y pondría tierra de por medio.

El calor empezó a apretar mucho antes de media mañana. Fernanda llevaba unas tres horas conduciendo, cuando de repente sintió una desagradable sensación de agobio, por lo que decidió detenerse a tomar un refrigerio y cambiar su indumentaria por algo más liviano. Abandonó la carretera principal por la que había estado transitando hasta ese momento, para adentrarse en una pequeña localidad de población bastante diseminada, donde el espléndido paisaje aparecía salpicado de preciosas villas, que sin duda concedían a sus moradores una existencia apacible. Aparcó junto a una

de ellas al percatarse de que una anciana estaba cuidando las rosas que habían sido plantadas en uno de los laterales.

–Buenos días –saludó Fernanda–. ¿Habrá algún lugar por aquí donde se pueda tomar algo bien frío?

–Desde luego –aseguró la mujer, abandonando por un momento las flores–. ¿Ve aquella casa al final del sendero? Es la Fonda Palmira. Le darán todo lo que pida. Es un sitio excelente.

–Estupendo –se mostró satisfecha Fernanda–. Que tenga usted un buen día.

–Igualmente –le deseó la lugareña con su mejor sonrisa.

Se cambió de ropa en los aseos del bar mientras le servían un plato de aceitunas verdes y una cerveza bien fría. Experimentó

un placer inmenso al sentir el frescor de la bebida en su garganta. Incluso el contacto con el cristal del vaso que la contenía resultaba gratificante.

En la barra había un solo cliente. Era muy alto y rubio, con un marcado acento extranjero. Hablaba sin parar, como si sus limitaciones idiomáticas no fueran para él motivo alguno de preocupación o aislamiento, mientras, el dueño del establecimiento parecía complacido de poder compartir con él la cháchara. El tono de los dos hombres distaba mucho de ser confidencial, razón por la que Fernanda podía escuchar lo que decían desde la mesa donde se había instalado.

–Ha llovido mucho desde entonces, pero no hemos podido olvidarlo –aseguró el tabernero–. En las grandes ciudades estarán más habituados a toda esa clase de barbaridades, pero en estos parajes tan tranqui-

los aquello produjo una verdadera conmoción.

–Puedo imaginarlo –afirmó el extranjero–. Quizá ni siquiera habían tenido noticia de grupos religiosos de ese tipo.

–La verdad es que no –ratificó las suposiciones de su cliente–. Para los lugareños, la religión era algo bien distinto. Mi madre sigue diciendo que aquello fue cosa del maligno.

–¿El ma…? –al parecer aquella palabra le resultaba desconocida.

–Obra del diablo –le explicó su interlocutor.

–Entiendo –respondió el cliente mostrándose satisfecho–. ¿Recuerda usted al responsable de la matanza?

–Recuerdo su nombre, Huahib Dadi, o algo parecido.

–De todas formas, aquella desgracia les debe traer muchos turistas –bromeó el hombre alto–. Y eso es bueno para los negocios.

–No crea, lo del suicidio colectivo de la secta no ha sido muy difundido. Hay quien piensa que los católicos no estaban interesados en dar publicidad a aquello –ahora el dueño se mostraba muy serio.

–El museo en el que han convertido el edificio ha sido una gran idea –le hizo saber el extranjero.

–Tendré que acercarme para verlo. No he tenido aún ese placer. Como estoy siempre aquí metido…

–Debe ir a conocerlo. Le gustará.

Una historia macabra, pensó Fernanda. Ella estaba familiarizada con el lado más nefasto de la vida; en realidad lo había elegido para que formara parte de su cotidianidad. No podía pasar de largo, sin intentar saber qué era lo que provocaba que las personas se comportaran de una forma tan terrible. A raíz de los hechos acaecidos en relación a Gato, tenía la sospecha de que había muchos detalles que se le escapaban, que tal vez no alcanzaría jamás a comprender. Ese pensamiento resquebrajaba su ánimo, por lo general bastante optimista.

Pagaría la consumición y seguiría adelante otro par de horas, por lo menos hasta que le apretara un poco el hambre. Entonces volvería a detenerse para comer.

Cuando se acercó a la barra, el extranjero la observó sin ningún disimulo, tras lo cual pudo captar en sus ojos una inequívoca mi-

rada de aprobación. Muchos presos solían comportarse de la misma manera al verla moverse por el recinto carcelario en el desempeño de su labor, a menudo demasiado condicionada por el protocolo burocrático. Todo era repetitivo en su vida, al menos esa sensación le invadía con frecuencia.

Se subió al todo terreno y arrancó. Las gafas de sol oscuras le amortiguarían la intensidad de aquel día radiante.

EL SUEÑO

La pequeña estaba bajo un cerezo enorme, cerca del carruaje tirado por dos caballos blancos de cuyas bocas salía el agua que descendía hasta el estanque que pasaba por debajo.

–Dame otro huevo frito –pidió.

El muchacho de ojos grandes y enormes pestañas, reclinado junto a ella, depositó un par de margaritas grandes en un plato y se las entregó.

–Come glotona –le susurró, al tiempo que la chiquilla se reía.

Como en anteriores ocasiones supo que la niña era ella misma, y sintió una gran perplejidad, un desconcierto que hasta no hacía mucho solía tener reservado a los sucesos reales que le tomaban totalmente por sorpresa. Seguramente no tenía mucho sentido dejarse impactar así por algo que ni siquiera había sucedido, pero aquella estampa reiterativamente presente en sus sueños quedó atrapada en su pensamiento.

Le había hablado de ello a su amiga Fernanda, que por ser psicóloga debía saber mucho más que ella de todo lo relacionado con la mente, pero no había obtenido sino un leve encogimiento de hombros por su parte.

No recordaba haber sufrido por ser hija única, lo había sentido más bien como un privilegio. Así pues, carecía de razones para

inventarse en sueños hermanos que hubiera deseado haber tenido.

Tampoco había jugado nunca a que las margaritas eran huevos fritos, de haber sido así no lo hubiera olvidado. Debía de tratarse de una manifestación onírica, cuyo sentido permanecía tan soterrado que resultaba absolutamente indescifrable para quien no fuera un experto en tales cuestiones. Decidió que no debía seguir calentándose la cabeza. Bastantes preocupaciones habían tenido a raíz de la crítica situación por la que estaba pasando su amiga Fernanda. Nunca le había parecido una buena ocupación la que tenía como objetivo primordial el llegar a comprender los motivos que impulsaban a delinquir. Marian estaba convencida de que la maldad era la única causante. No había por que tratar de buscar más explicaciones. Claro que su amiga no era de la misma opinión. Siempre estaba dispuesta a indagar las sensaciones que

hubiera percibido de haber estado en otra piel y haber tenido que calzar otros zapatos. Se estaba haciendo mayor y seguía estando sola ¡Ojalá no se tomara tan en serio su profesión!

Marian no trabajaba para realizarse, lo único que siempre había pretendido era tener un sueldo que llevar a casa cada fin de mes. El centro de belleza donde prestaba sus servicios le proporcionaba unos buenos ingresos y casi ninguna presión psicológica. Resultaba perfecto. Por lo demás, convivía con su madre adoptiva, su marido y la pequeña de ambos, una niña de cuatro años.

Aquella mañana tenía un par de clientas esperándole, cuando por ser lunes se dispuso a abrir su comercio más tarde de lo habitual.

–Buenos días– saludó dirigiéndose a ambas.

–Mañana tenemos la boda de un primo –le explicó Elena–. Por eso quisiera que me rizaras las pestañas y les pusieras un poco de tinte. Para el pelo preferiría que me cogieras media hora antes de la ceremonia, que será sobre la una del mediodía.

–Muy bien –aceptó Marian–. Tú, Cristina, vas a depilarte, ¿no es así?

–Eso es.

–Ahora vendrá Luisa. Ella te lo hará.

–¿Qué tal la niña? –se interesó Elena.

–Muy bien. Mi madre se ocupa de llevarla al cole. Le encanta estar con sus compañeros; se está adaptando perfectamente a la convivencia con los demás niños.

–¡Qué suerte chica! –suspiró Cristina –. Mi hija sigue llorando como el primer día cada vez que tiene que entrar en el aula. Hasta vergüenza me hace pasar. Creó que se siente diferente.

–¿Por sus rasgos orientales? –inquirió Marian–. Pero todos somos diferentes. Unos por ser gordos, otros por llevar gafas… Yo misma soy adoptada. Mis verdaderos padres fallecieron en un accidente, y sin embargo he tenido una buena vida, no me puedo quejar.

–Espero que mi niña pueda un día decir eso mismo –deseó Cristina.

–Despreocúpate, verás como todo irá bien –aconsejó Marian mientras preparaba el tinte para las pestañas de Elena.

El teléfono empezó a sonar en el preciso momento en que estaba entrando Luisa.

–Yo lo atenderé –dijo la joven alegremente, apresurándose a coger el auricular–. Es para ti, Marian –agregó de inmediato.

Sintió que su amiga respiraba con cierta dificultad al otro lado de la línea.

–Es algo insólito, tengo ante mí la fuente que viste en tu sueño, y muy cerca de él, el cerezo que me describiste. Existen realmente –le confió Fernanda, presa de una gran agitación.

UN DESCUBRIMIENTO INQUIETANTE

De no haber sido testigo de aquella conversación entre los dos hombres, mientras disfrutaba de su cerveza, ella hubiera hecho caso omiso de los letreros que anunciaban el museo de historia y arte. Pero al recordar aquel diálogo, no pudo evitar el impulso de hacer girar bruscamente su vehículo hacia aquel lugar. Tras apearse del coche y atravesar la verja exterior del palacio, se dirigió hacia él por un sendero rodeado de bellísimos jardines, y fue entonces cuando la realidad se le impuso con toda la fuerza de lo incontestable. Lo que estaba viendo no era otra cosa que aquel sueño que Marian había querido someter a

su criterio de apreciación. No se trataba de ninguna alucinación, por lo que cualquier conato de escepticismo venia sobrando. Sin poderlo remediar, había echado mano del teléfono móvil para poder contárselo a su amiga. No debía haber actuado tan precipitadamente, ya que enseguida la comunicación se interrumpió por habérsele agotado la batería. Seguramente solo había conseguido impacientar a Marian con su escueto testimonio.

Evidentemente no podía obviar los hechos, así que decidió internarse entre los muros de la enorme mansión dispuesta a asumir lo que tuvieran que revelar.

Al efectuar el pago de la entrada correspondiente, Fernanda recibió una especie de tríptico en el que se detallaban minuciosamente las cuestiones que el museo había resuelto tratar. La historia de la comarca no podía soslayar la que fuera también de los

antiguos inquilinos de aquel palacio: La secta Hijos de la Tierra.

Una gran sala albergaba documentos y fotos suficientemente esclarecedores en torno a la cuestión fundamental: el suicidio colectivo de sesenta personas. El líder del grupo huyó llevándose una importante suma de dinero que había conseguido sacar a sus adeptos, y hasta el día de hoy no se tenían noticias de su paradero.

Como casi siempre le ocurría, Fernanda retomó el dominio sobre sí misma, disponiéndose a asimilar lo que hubieran dejado tras de sí aquellos episodios enajenantes. Saber que de algún modo implicaban a su amiga, comprometían su juicio imparcial tanto como sus sentimientos.

Una vitrina exponía las túnicas que los hombres y mujeres del grupo solían utilizar en los momentos importantes. Prendas

sencillas y sobrias de lino, blancas para las mujeres y marrones para los hombres. En otra había retratos de quienes se habían inmolado ingiriendo el contenido de las botellas preparadas a tal efecto. Nada hacía presagiar el fatal desenlace en aquellas imágenes triviales tomadas a seres aparentemente anodinos.

De pronto Fernanda dio un respingo. La niña que sonreía ante la cámara, sentada plácidamente en el césped, era su amiga. Estaba segura. Por aquel tiempo debía ser más pequeña que en fotografías a las que ella había tenido acceso, pero se trataba de Marian. Su mismo pelo, su cara redondita… No cabía duda de que había pasado por allí antes de que fuera adoptada por José y Rosario, los únicos padres que ella recordaba. Ávida de información, la mujer siguió analizando las fotografías que tenía ante sí. Tuvo suerte al hallar otra en la que se encontraba la misma niña. En aquella instantánea

trataba de caminar ayudada por una mujer joven y un muchacho de unos siete u ocho años.

Súbitamente le sacudió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, haciéndole sentir cierto desamparo angustiante ¿Cómo hablar de aquello a su inocente amiga, a ella que siempre le había reprochado su incapacidad para obviar la sordidez que solo lograría torturarnos?

El cariño que profesaba a Marian le aconsejaba callar. El pasado no podía ser enmendado, por mucho que se hurgara en los detalles que lo habían conformado. La providencia mantenía todo aquel entramado de pesadilla al margen de la conciencia de su amiga, y eso debía continuar así. Ahora se alegraba de no haber podido tener una comunicación fluida con ella, les evitaba un dolor innecesario. En cuanto tuviera ocasión volvería a telefonear a su

amiga, aprovechando el momento para, de algún modo, arreglar aquella primera información suya. Le diría que después de todo, la fuente no era tan parecida a la de su sueño como en un principio había llegado a creer.

Sumida en estos pensamientos, retornó a los espléndidos jardines que el subconsciente de Marian podía todavía recordar. El más bello envoltorio ocultaba una horrenda verdad.

VUELTA A FONDA PALMIRA

Le convenía tranquilizarse. Sus nervios llevaban bastante tiempo desatados con la polvareda que se levantó ante la reincidencia delictiva de Gato. Lo que acababa de descubrir no mejoraba su situación en modo alguno. Tenía que mantener la cabeza fría. Volvería sobre sus pasos hasta la Fonda Palmira donde comería dos buenos platos con su correspondiente postre, cargaría su móvil y hablaría con Marian. Le haría creer que todo marchaba perfectamente, que por fin empezaba a relajarse.

Casi sin pensarlo se vio haciendo una reserva de habitación para pasar la noche en aquel lugar. Se dio una buena ducha mientras se recargaba la batería de su teléfono, y con el pelo todavía húmedo entró en el comedor dispuesta a catar las delicias de la casa. Entonces volvió a verle por segunda vez consecutiva aquel día. Se estaba comiendo un bistec que no le cabía en el plato. Al pasar junto a su mesa él clavó en ella su mirada con el mismo descaro que la vez anterior.

–Discúlpeme la intromisión. Mi nombre es Mat Blunt. Yo la conozco –aseguró–. Usted ha salido en prensa varias veces en las últimas semanas.

Fernanda sintió que de nada le había servido ducharse. Ardía otra vez, y era porque él acababa de tener la osadía de confesarle su descubrimiento.

–Se ha puesto colorada –le hizo notar Mat–. No debe avergonzarse. Usted tiene que creer en las personas, en su capacidad para mejorar, y eso…

–Entraña riesgos –Fernanda terminó la frase que él había comenzado.

–Siéntese conmigo –le rogó el hombre–. Será más agradable comer juntos.

Ella aceptó la sugerencia sin acabar de reponerse del sofoco.

–Se maneja bien en nuestro idioma –concedió, aunque solo fuera por cambiar de tema.

–Solo el atrevimiento extremo puede ayudarnos a maniobrar con un idioma que no es el nuestro –garantizó Mat, riéndose.

–Ya veo –le secundó Fernanda.

–Debe estar tranquila. Soy periodista, y es por eso que me interesan especialmente los medios de comunicación. No creo que los demás se den cuenta de quién es –trató de que la mujer se relajara.

–Son los periodistas los que me tienen contra las cuerdas –observó ella–. No sé si debería comer con usted.

–Yo la voy a tratar bien, Fernanda, porque es una mujer muy hermosa y no deseo indisponerla contra mi persona –prometió el periodista.

–Es un alivio saberlo –le siguió la broma–. Siendo así, me quedaré.

Los ánimos se habían distendido, y cuando el camarero se les acercó, ella se negó a centrarse en nada más serio que aquel juego intrascendente de los dos.

–Póngame lo mismo que le ha puesto al señor –pidió.

Le trajeron una hermosa paella que devoró con autentico placer mientras Mat la contemplaba encantado de saber que estaba disfrutando.

–Cuéntame algo de ti –le rogó ella ente bocado y bocado.

–Podría relatarte cientos de cosas, pero antes desearía acostarme contigo, sentir tu piel –le confesó él.

–¿En tu habitación o en la mía? –preguntó Fernanda con naturalidad.

Hacía media tarde ella se ausentó durante un rato. Deseaba charlar con su amiga, y era algo que no quería seguir postergando. Cuando llegó a su habitación pudo com-

probar que su teléfono había recogido cuatro intentos de comunicación. Todos ellos se habían efectuado desde el número de Marian. Probablemente estaba alarmada, y de ella dependía devolverle la calma que tan absurdamente le había arrebatado.

Tan pronto escuchó la voz de su amiga adquirió el tono desenfadado y despreocupado que se le supone a una turista en sus recién estrenadas vacaciones.

–¡Por fin he conseguido cargar el móvil, chica! Te voy a dar un poco de envidia, esto es precioso.

–Oye, ¿cómo es eso de que has visto una fuente idéntica a la de mi sueño? –le interrumpió de pronto Marian

–Eso creía yo –se apresuró a responderle Fernanda–. Pero conforme la he ido obser-

vando con más detenimiento he comprobado que se trataba de una falsa alarma.

–¡Vaya! –su amiga se había llevado una decepción, pero al mismo tiempo su excitación estaba decreciendo.

–He conocido a un hombre encantador –le confesó repentinamente, hablándole ahora en un tono más confidencial–. Hemos comido juntos, y cuando cuelgue voy a volver a encontrarme con él en la cafetería de la esquina.

–¡Qué bien! Dime ¿Qué tal es? ¿Es rubio o moreno? –quiso saber Marian, que se mostraba definitivamente tranquila.

–Rubio y muy alto –le explicó ella–. Deséame suerte, cariño –añadió a continuación.

–Toda la del mundo. Anda no le hagas esperar –le sugirió su amiga.

El primer escollo acababa de ser superado.

CONFESIONES

Se tomaron un par de vasos de leche caliente antes de salir al aire libre. Estaba comenzando a oscurecer, y también a refrescar, quizá incluso terminara lloviendo, pero por el momento el ambiente era óptimo para poder pasear.

–Estos parajes son los de mi infancia –manifestó de repente Mat.

–Pero… Yo creía que eras inglés –se sorprendió Fernanda.

–Mis padres eran efectivamente londinenses, pero se vinieron para aquí siendo

yo apenas un bebé. Le habían ofrecido un buen trabajo a mí padre, y optaron por no desaprovechar la oportunidad. Sabían que el clima de aquí era mucho más benigno, que la comida era buena, y además, era una oportunidad para distanciarse de la familia, ya que mi madre no estaba en muy buenas relaciones con sus cuñadas y con su suegra –le explicó el periodista mientras ella sonreía.

De momento era una historia compartida por mucha gente, pensó.

–En realidad, solía frecuentar poco estas calles –continuó el hombre–. Nuestra vida transcurría mayormente detrás de la verja –le vio señalar con el dedo índice el lugar donde se ubicaba el museo.

–Formabais parte de la secta –sugirió ella titubeante.

–Efectivamente –confesó Mat–. Mi madre fuera de Londres se convirtió rápidamente en un ser desvalido y vulnerable. No conocía a nadie, y su marido se pasaba todo el día lejos de casa, trabajando. Lloraba a todas horas y se arrepintió mil veces de haber tomado aquella drástica decisión de la que tan mal parada estaba saliendo. Entonces conoció a una mujer de la secta. Se entendieron a duras penas, ya que mi madre no hablaba sino inglés, pero fue un primer paso.

–¿Ella murió junto con los demás? –preguntó Fernanda con aprensión.

–Mis padres se suicidaron, sí. Solo los niños sobrevivimos. Nos habían puesto a todos juntos en una gran sala, encerrados bajo llave para que no obstaculizáramos aquel último ritual de nuestros mayores –le confió el periodista.

–¿Luego te llevaron a algún orfanato? –se interesó Fernanda.

–No, aunque eso fue lo que le ocurrió a la mayoría. A mí me acogieron los parientes de mi padre, y volví a Inglaterra con ellos –dijo Mat con tristeza–. Pero mi hermanita quedó desamparada, abandonada a su suerte y separada de mí –añadió con un dolor que parecía todavía reciente.

–¿Pero cómo pudieron hacer semejante barbaridad? –le preguntó ella con manifiesto desagrado.

–Porque era fruto de las relaciones de mi madre con el líder de la secta, y solo conseguían ver en ella la prolongación de aquel miserable monstruo, que tras prometer que sería el primero en inmolarse, se dio a la fuga como el cobarde asesino que realmente era –se desahogó el periodista.

–¿Has vuelto a saber algo de ella? –se interesó Fernanda, muy impresionada por lo que Mat le estaba contando.

–No –negó él, al tiempo que le mostraba una fotografía que había extraído de su cartera.

Fernanda no pudo reprimir aquel grito que se escapó de su garganta. Parecía ficción lo que estaba sucediendo, pero sin embargo en modo alguno lo era.

–¡Es Marian! –alcanzó a afirmar.

–¿Cómo sabes eso? –le interrogó él, impulsado por un resorte interior apremiante, ansioso.

–Ella es mi mejor amiga –concluyó presa de una gran emoción–. La mujer con la que hace un rato acabo de hablar.

–¿Estás segura de eso? ¿Cómo puedo contactar con ella? –Mat preguntaba sin dar opción a ser contestado.

–Tranquilízate –le rogó Fernanda–. Es la misma persona. Yo haré que os encontréis lo antes posible.

–¿Y cómo está?

–Se encuentra perfectamente. Se casó y es madre de una niña. Trabaja en un salón de belleza. Ella me hablaba a menudo de un sueño recurrente que solía tener, en el que describía un lugar como este, y a un muchacho con el que jugaba a que las margaritas eran huevos fritos.

–Ese niño que jugaba con ella era yo. Ya no hay ninguna duda, se trata de mi hermana –sentenció Mat–. Pero antes de nada quiero dar con el canalla que preparó aquella masacre.

–Entiendo –se limitó a decir Fernanda mientras la inquietud volvía a oprimirle el pecho.

LA TRAGEDIA

En tanto que ella hacía auténticos esfuerzos por ingerir los alimentos que les habían servido en la cena, Mat se lanzaba sobre ellos de un modo que Fernanda calificó de premeditado. Parecía tener asumido que necesitaría tanto de la fuerza física como de la psíquica para salir con bien de la ingrata tarea que él mismo se había impuesto

Tras aquella reflexión, la mujer intentó imitarle, como si cuanto le concerniese a aquel hombre tuviera también relación con ella.

–¿Cuánto tiempo llevas tras la pista de ese miserable? –buscó información Fernanda.

–Hace cuatro años que, venciendo todas las resistencias de mis tíos y parientes, comencé a explorar el siniestro mundo de las sectas. No resultaba fácil avanzar en los conocimientos. Me encontré con muchas puertas infranqueablemente cerradas. Pero un día conocí a Fabio. Su historia era similar a la mía, y estaba empecinado en llegar hasta donde fuera preciso. Su familia era poderosa y no escatimaría dinero ni influencias en la consecución de sus objetivos.

–Por supuesto, tú te uniste a él –adivinó ella.

–Así es –confirmó el periodista–. Y a punto estuvimos de caerle encima con todo el peso de la Justicia a ese indeseable, pero en el último momento fue alertado por alguien y levantó el vuelo sin que pudiéramos darle alcance. Se había convertido en

el director de un prestigioso colegio al que solo podían acceder los hijos de familias con un alto poder adquisitivo.

–Entiendo que el dinero es para ese sujeto lo que la savia para las plantas –observó Fernanda.

–No te equivocas. Sabemos que su infancia estuvo llena de privaciones. No llegó a conocer a su padre, y su madre se prostituía en los puertos por un mísero jornal –le informó Mat–. Donde quiera que se encuentre, deberá ser un lugar desde el que tenga acceso a la prosperidad –añadió después.

–Es muy peligroso andar tras un maleante de ese calibre –opinó la mujer.

–Lo sé, pero no tengo otra opción –manifestó el periodista–. Mientras no lo

atrape viviré torturado, y esa no es una buena forma de vivir.

–Mat, hay algo que tampoco a mí me deja de inquietar ¿No será contraproducente para Marian saber toda la verdad –estudió su gesto con interés mientras esperaba la respuesta.

–La verdad es que no quisiera tener que confesarle que es hija de ese infame –admitió el hombre apesadumbrado.

–Debes de pensar con cuidado en todo eso –aconsejó Fernanda.

–Dentro de un par de días tendré una entrevista con un hombre. Él es un investigador privado. Las noticias que tenga que trasmitirme podrían ser cruciales –le hizo saber el periodista.

Esas fueron las últimas palabras que pronunció Mat. Luego todo se volvió confusión y espanto. Un hombre se acercó hasta la mesa en la que ambos cenaban, descerrajando un par de veces su arma contra su pecho. No había sacado ruido al hacerlo, seguramente el arma llevaba un silenciador incorporado. Fernanda le vio convulsionarse como si de un muñeco se tratara, para después caer hacía adelante, cerca de su propio plato. Entonces la mujer se puso a gritar histéricamente, sin percatarse de que la gente de alrededor había empezado a hacerlo antes que ella.

Alguien llamó a una ambulancia, que no tardó en recoger al periodista, a cuyo lado se sentó Fernanda, destrozada de dolor; deseando con toda su alma que aquello no fuera irreparable. Parecía que se hubieran conocido desde siempre. El estrépito de la sirena irrumpió en la noche mientras mur-

muraba una oración por él. Estaban siendo las vacaciones más accidentadas de su vida.

Al llegar al centro hospitalario, un equipo médico previamente alertado aguardaba al herido en la misma puerta de acceso a urgencias. Mat pudo ser trasladado a quirófano sin demora, mientras, Fernanda se enfrentaba a una tensa espera cargada de incógnitas.

La intervención quirúrgica duró cinco horas, al cabo de las cuales un exhausto grupo de hombres y mujeres dio por concluida la tarea. Mat sería trasladado a cuidados intensivos, en tanto la psicóloga intentaba echar luz a lo ocurrido en aquel lapso de tiempo hablando con los médicos.

–Hemos conseguido extraer las balas –le explicó uno de los doctores–. Pero ha sido un trabajo muy costoso en el que algunos tejidos han resultado bastante dañados.

Además de eso es mucha la sangre que ha perdido el paciente. Su situación es delicada, siendo de vital importancia el rumbo que vaya tomando en las próximas cuarenta y ocho horas. Por el momento no se debe molestar para nada al convaleciente, que debe quedar ingresado en la U.C.I. bajo una estricta vigilancia. Usted puede irse a descansar. Déjenos un teléfono de contacto en recepción y le avisaremos ante cualquier novedad.

Fernanda agradeció al médico todos sus desvelos y dedicación antes de abandonar por unas horas el hospital.

ALGO MÁS QUE UN SUEÑO

Sobre las seis y media de la mañana, la psicóloga consiguió llegar por fin a la Fonda Palmira. Respondió escuetamente a algunas de las preguntas de los empleados, para seguidamente encaminar sus pasos hacía la habitación donde pretendía descansar durante el tiempo que pudiera. Barajó la posibilidad de tomarse un par de orfidales que le ayudaran a dormir, pero finalmente desechó la idea, temiendo que su presencia fuera requerida desde el hospital, y que aquellas grageas le restaran la lucidez que podía hacerle falta.

Durmió a intervalos cortos, sin poder olvidar por completo el teléfono que muy

cerca de ella podía en cualquier momento ponerse a sonar. A las doce del mediodía ya se había duchado, y estaba pensando en tomar un café, cuando llamaron a la puerta de su habitación.

–La policía está aquí –le comunicó el encargado de la fonda–. Quieren tomarle declaración. Tenemos un saloncito donde podrán hablar cómodamente. Le indicaré dónde se encuentra.

El inspector Zaldua conversó largamente con Fernanda, quien le relató cuanto sabía en referencia al caso, sin involucrar a su amiga Marian en el asunto. Todavía no tenía pensado como proceder con ella. En cuanto cumplimentó aquel trámite tomó su vehículo y se dirigió al hospital, donde solo le dejaron ver a Mat desde una zona acristalada. Los médicos no aportaron nada nuevo a lo que ya se sabía. Había que seguir esperando.

Fernanda se fijó en una enfermera que entraba y salía del departamento de Mat; se dirigió a ella y le preguntó:

–¿Qué tal está?

–Hasta hace un rato ha estado tranquilo. Ahora se mueve un poco y le hemos oído pronunciar el nombre de Marian –le relató.

No resultaba sencillo valorar el hecho de que él hablara de su hermana mientras luchaba por seguir con vida. Quizá reflejaba una carga más, que se le sumaba a la larga lista de dificultades que le asediaban, o tal vez un acicate para no dejarse abatir por ellas. Súbitamente Fernanda comprendió que debía tomar partido por una de las dos opciones. No iba a ser fácil, pero tenía que hacerle venir a su amiga, dejarse de temores, y afrontar los hechos que por algún

capricho del destino se habían abalanzado sobre su persona.

Marian se encontraba en el salón de belleza cuando recibió aquella llamada que la psicóloga nunca hubiera querido realizar.

–Cariño, escúchame bien –comenzó Fernanda–. Tienes que venir aquí a reunirte conmigo.

–¿Qué ocurre? –se asustó Marian–. ¿Te ha pasado algo malo?

–Nada de eso –negó ella–. ¿Te acuerdas de la fuente y el cerezo?

–¿Otra vez le estás dando vueltas a eso? Olvídalo. Solo era un sueño.

–No Marian, no. Desde el principio me di cuenta de que se trataba de algo más, pero luego descubrí cosas y no me atreví a plan-

tearte el tema. Por eso mi rectificación. Posteriormente conocí al hombre rubio y alto que no es otro que el niño que te ofrecía margaritas…

–¿Pero qué estás diciendo, cariño? –respondió la amiga–. ¿De verdad que te encuentras bien?

–Sí –le aseguró la psicóloga –él es tu hermano. Lo acaban de herir gravemente y está en cuidados intensivos. No deja de nombrarte.

–Está bien, Fernanda. Dame tú ubicación y te prometo que mañana a primera hora me pondré en camino.

Aquella misma noche Fernanda conoció a la dueña de la fonda. Era una elegante anciana en cuyos rasgos se adivinaba que había sido una mujer muy hermosa. Se acer-

có, e inmediatamente abordó la cuestión que le interesaba.

–¿Alguna novedad sobre el estado del señor Blunt?

–Parece que resiste, lo cual es importante, porque según los médicos, pasadas cuarenta y ocho horas se podría empezar a ser optimista.

–Bien –asintió la anciana–. Le agradecería muchísimo que usted me informara de sus progresos.

–Así lo haré, señora –acepto Fernanda–. Gracias por su interés.

Palmira se retiró, tras haber cerrado lo que para ella era un pacto en toda regla. Disponía de mucho tiempo para pensar, y también para recordar. Catherine se asemejaba mucho a su hijo Mat. No le había

servido de mucho casarse, siempre andaba sola. Solía ocurrirles a muchas mujeres, pero ella no podía sobrellevar aquello. Por suerte Catherine conoció a María, porque eso creyó ella, que había tenido mucha suerte. En cambio su infortunio acababa de comenzar.

María no sabía vivir, si no era dentro de una comunidad. Fue lo único que conoció desde que la abandonaron frente al orfanato de las monjas. Cuando llegó a la mayoría de edad, volvió a sentir el desamparo de verse sola, excluida de la protección de la institución que le había recogido. Entonces apareció Huahib con su grupo, le dio cobijo y orientación, alimento para el cuerpo y también para el alma, una razón para ser y para permanecer en el mundo. Agradecida con su sino, María estaba dispuesta a compartir los favores que él le concedía con seres más desfavorecidos que ella, con la

desdichada Catherine cuya tristeza tanto le impresionó.

Huahib trajo la luz a muchas vidas, incluida la de la propia Palmira, aunque las razones de unos y otros fueron bien distintas. Ella no tuvo en él a un líder espiritual, sino al hombre por el que lo hubiera dado todo, el verdadero y apasionado amor que le hizo olvidar que tenía un marido y unos hijos.

EL VIAJE

Marian alertó a su familia sobre el hecho de que Fernanda no atravesaba una buena situación emocional. Tampoco les ocultó que había detectado en su forma de expresarse cierta tendencia a fantasear, cuyo trasfondo podría ser algún trastorno incipiente, fundamentado en la extrema presión a la que había estado sometida. Por todo ello, les dijo que debía acudir en ayuda de su amiga e intentar poner un mínimo de coherencia en todo aquello. Sin embargo, en su fuero interno sabía que algo se le estaba escapando y que necesitaba clarificar hasta qué punto la estructura cerebral

de la psicóloga había comenzado a resentirse.

Nadie puso objeción alguna a su partida. La madre se ofreció a tomar las riendas de la casa, mientras estuviera ausente, en tanto que su marido manifestó hacerse cargo de la responsabilidad que había recaído sobre ella. Convinieron en que se pondría en camino hacia las nueve de la mañana del día siguiente. Una profunda preocupación se había adueñado de la casa.

–Ojalá pudiera acompañarte –fueron las últimas palabras que su esposo le dijo poco antes de que se dirigiera al garaje en busca de su automóvil para iniciar el viaje.

Tan pronto como estuvo al volante, procuró abstraerse de la problemática que hasta hace bien poco ni siquiera imaginaba. Debía ser precavida, en la carretera una distracción podía pagarse con la vida. La

música se encargaría de hacerle más llevadero el trayecto, se dijo, y efectivamente consiguió mantener a raya las elucubraciones durante un buen número de kilómetros. Posteriormente volvió con la imaginación a su amiga. Quizá tuvieran que administrarle ansiolíticos o algo por el estilo. Un par de clientas del salón de belleza habían estado tomando medicación a causa de la depresión, un mal tan difícil de erradicar en la pretendida sociedad del bienestar y los lujos. Gracias a las píldoras que les habían administrado pudieron retomar sus trabajos y su vida familiar. No pasaba nada porque a uno le ocurriera una cosa así.

La radio hablaba de las próximas elecciones para formar gobierno. Todos los candidatos a la presidencia intentaban parecer brillantes y honrados, lástima que hiciera ya un tiempo que le rondaba el escepticismo. Las utopías te empujaban a ser partícipe de los acontecimientos que transforma-

ban tu barrio, tu universidad y tu corazón. Al menos en el intento se iba la juventud, y abandonarlas dejaba un regusto amargo.

Necesitaba hacer un alto en el camino y tomar algo, pensó, mientras dejaba sin voz a los futuros parlamentarios, para buscar la salida hacía el pueblo más cercano. Pronto logró su objetivo, adentrándose en una villa de la que enseguida consiguió ver una amplia arboleda, cuya parte central honraba a un insigne escritor de la localidad con una escultura que reproducía su imagen. Al fondo estaba ubicada la cafetería donde a aquella hora de la mañana numerosos funcionarios empleaban un rato en comer alguna tapa y desentenderse de la rutina burocrática. Marian telefoneó a Fernanda antes de entrar en el local. Quería decirle que tenía hecho medio camino, que todo iba bien y que estuviera tranquila. Fernanda le respondió desde el hospital, donde al parecer se había desplazado para ver a Mat, el

que debía ser su pretendido hermano. La encontró serena, y creyó captar un gran alivio en ella al hacerle saber que muy pronto estarían juntas. Después se dispuso a penetrar en el establecimiento de la arboleda.

El ambiente era alegre. Quien más, quien menos, todo el mundo estaba dándole a la mandíbula mientras se hacían chistes o se hablaba de fútbol. No era una clase trabajadora que se sintiera muy explotada. Marian pidió un poco de tortilla y una coca-cola; entonces alcanzó a entender la conversación de dos hombres que a corta distancia de su taburete comentaban una noticia del periódico.

–Pone que el hombre es un súbdito británico –les oyó decir–. En el momento en el que le dispararon estaba cenando con una mujer. Los motivos de la agresión se desconocen.

–Yo estuve una vez en la fonda donde ocurrió –respondió el otro –Está muy cerca del palacio donde tuvo lugar aquella tragedia de la secta.

En ese momento un tercer hombre se sumó a la conversación.

–Es Fonda Palmira. Tiene una excelente gastronomía, y está en un sitio precioso. Mi suegra se la recomendaba a todos sus conocidos –les explicó.

Marian lo había oído con toda claridad. Precisamente aquella era la dirección que su amiga le había dado. Al cabo de unos minutos y presa de una gran excitación, la mujer tomó el periódico que los hombres acababan de dejar sobre el mostrador y localizó la noticia a la que se estaban refiriendo:

"Continua en estado grave el periodista inglés Mat Blunt, herido hace dos días mientras cenaba en compañía de una mujer, F.R., en la Fonda Palmira. La policía tiene abiertas varias líneas de investigación y no descarta ninguna hipótesis".

Casi sin proponérselo, Marian estaba en posesión de los primeros datos objetivos que confirmaban la versión de su amiga. Pero no lograba comprender por qué esta afirmaba que el periodista herido era su hermano.

Tras abonar su consumición, abandonó la cafetería con la intención de tomar su coche y ponerse de nuevo en ruta.

Cuando apenas llevaba cinco minutos de marcha, vio cómo dos jóvenes equipados con grandes mochilas a la espalda se encontraban a un lado de la carretera haciendo auto-stop. Marian se detuvo de inmediato, pensando que la compañía de aque-

llos chicos le haría más llevadero, al menos parte del trayecto.

–Disculpe señora, ¿se dirige usted hacia Tapiz?

–Me detendré unos diez kilómetros antes, si queréis os acerco.

–Estupendo. Nos quita usted un buen trecho.

Efectivamente, la idea de acercar a su destino a los dos viajeros consiguió evadir a Marian de sus problemas, logrando tener un final de trayecto mucho más ameno. Después de aparcar su coche y despedir a sus acompañantes, la mujer dirigió sus pasos hacía la fonda.

UNA NUEVA REALIDAD

Hacia un buen rato que Fernanda esperaba la llegada de su amiga. La impaciencia la estaba devorando y no conseguía mantenerse quieta. El encargado la sorprendió varias veces haciendo guardia en la puerta de la fonda, para después iniciar el ascenso hasta su habitación decepcionada por no haber encontrado a quien deseaba.

–Despreocúpese –le aconsejó él–. En cuanto su amiga entre se lo haré saber. Salga al jardín, que hace un día precioso. La psicóloga dudó durante un instante, pero enseguida le agradeció la sugerencia y resolvió que iba a hacerle caso. El jardín ocupaba la parte posterior de la casa, y Fernanda solo lo había visto en los folletos de

propaganda esparcidos por diferentes estancias de la fonda. No tenía idea de que desde allí se viera el mar. Se quedó impresionada por la belleza que guardaba aquel recodo escondido, ignorado seguramente por quien no conociera bien la zona, cuando en medio de aquellas cavilaciones observó que su amiga Marian se dirigía sin vacilación a su encuentro.

Las dos mujeres se abrazaron, y tras aquella muestra de cariño Fernanda alcanzó a comprender que la recién llegada la observaba con una meticulosidad recelosa, temiendo encontrar en sus palabras o gestos una muestra de perturbación latente, quizá una alteración plenamente aflorada.

–Sé lo que estás pensando –le dijo sin dilación–. Temes que mi salud mental se esté resquebrajando. Se lo achacas a todo lo que me ha ocurrido en la prisión y al comportamiento que han tenido los perio-

distas. No Marian, no, estoy perfectamente cuerda. A partir de ahora, tú misma lo vas a poder comprobar.

–Tranquilízate –le pidió su amiga.

–Siento tener que participarte una realidad tan desagradable –observó Fernanda–. Me juré a mi misma guardar el secreto, pero entonces conocí a Mat.

–Está bien –aceptó su compañera–. Me lo tienes que contar todo desde el principio.

–No hará falta –le aseguró la psicóloga, tomándole del brazo y tirando de ella.

Acomodar el equipaje en la habitación les llevó unos pocos minutos. A continuación, Marian había sido prácticamente arrastrada hasta el auto de Fernanda, que

sin darle ninguna explicación arrancó en dirección al Museo de Historia y Arte.

Efectuaron el recorrido en muy poco tiempo. Marian pensó que la actitud resuelta de su amiga parecía indicar que estaba segura de lo que hacía. No obstante, no convenía bajar la guardia.

Aparcaron cerca de la alta verja para enseguida adentrarse en los jardines que se extendían más allá de ella. La una excitada, la otra expectante. Pronto estuvieron frente al carruaje tirado por dos blancos caballos, de cuyas bocas brotaba el agua que iba a dar al estanque situado más abajo. Muy cerca, el cerezo estaba en flor, debido a la prematura llegada de los calores del verano.

Marian parpadeó ante aquella visión que tantas veces había perturbado sus sueños, sin acertar a entender por qué la fantasía

conseguía trascender lo meramente ficticio y penetrar en su realidad desconcertándole de aquel modo. El insólito vergel que circundaba el cerezo y sus proximidades aparecía salpicado de grandes y vistosas margaritas.

–Dame otro huevo frito –susurró Marian evocando el sueño.

Una honda emoción embargo su pecho, y dos lágrimas ardientes saltaron hasta sus mejillas para deslizarse por ellas lentamente.

–Tienes que ser fuerte –le oyó decir a su amiga–. Esto es solo el principio.

–Si he venido hasta aquí, es porque estoy dispuesta a afrontar lo que me aguarde –observó la mujer, intentando sobreponerse a las circunstancias.

–Sígueme –le rogó Fernanda–. Vamos a entrar en este palacio, que hoy día ha sido transformado en museo, aunque anteriormente albergó a los miembros de una secta cuya denominación era LOS HIJOS DE LA TIERRA. Precisamente una de las salas lleva su nombre, y es en la que vamos a centrarnos.

Marian recordó que en algún momento del viaje alguien se había referido a una secta, al menos era esa la impresión que tenía, aunque no estaba del todo segura. Sentía una fuerte sensación de irrealidad que mantenía aletargados sus sentidos.

Sin saber cómo ni por qué, se vio frente a aquellas fotografías. Creyó reconocer en sus rostros la ingenuidad de los que llevan una vida sencilla, casi feliz. Contempló a los que trabajaban la tierra, y a los niños jugando. De pronto volvió a suceder lo imprevisible, no daba crédito a lo que estaba

viendo. La chiquilla del retrato no era otra que ella misma. Fernanda asintió cuando los ojos de ambas se encontraron. Luego le señaló a la mujer, y también al niño.

–Este es Mat –le manifestó–. Asegura que es tu hermano, y que vuestros padres procedían de Londres.

–Es el niño de mis sueños –acertó a balbucear.

Un fogonazo repentino le hizo recordar lo que habían dicho aquellos hombres en la cafetería de la arboleda: “Esa fonda está cerca del palacio donde ocurrió la tragedia de la secta”.

–¿Qué fue lo que pasó aquí? –preguntó abruptamente.

–Un suicidio colectivo –le informó la psicóloga–. Solo los niños se salvaron.

El color desapareció del rostro de Marian. Una sensación de malestar creciente le invadió. Su única certeza era la inseguridad.

–Sujétame –alcanzó a pedir con un hilo de voz–. No me encuentro bien.

Fernanda comprendió que su amiga podía desplomarse de un momento a otro. La sujetó fuertemente, y entre sus brazos Marian perdió el conocimiento. Cuando se percató de ello, permitió que su cuerpo se deslizara suavemente hasta quedar tendida en el suelo, para poder ir a pedir ayuda.

Los empleados del museo acudieron a atender a la mujer, que en cuestión de unos pocos minutos comenzó a recobrar la conciencia.

–Será mejor que nos retiremos a la fonda a descansar. Por hoy ha sido suficiente –propuso Fernanda.

–Pero yo necesito conocer todos los detalles –protestó Marian–. ¿Entonces mis padres murieron aquí?

–Sí, eso es lo que pienso, pero ahora necesitas relajarte. Tienes que ir asimilándolo poco a poco.

Al rato, las dos mujeres entraron en la cafetería de Fonda Palmira, donde pidieron que les sirvieran en el jardín un par de tilas. Una vez se instalaron allí, Marian preguntó:

–¿Cuándo podré ver a mi hermano?

–Solo se le puede ver de diez, a diez y media de la mañana, pero por ahora no nos permiten hablarle –le explicó la psicóloga.

En ese momento fueron interrumpidas por un camarero de la fonda.

–Disculpe señorita Ruiz, dos hombres preguntan por usted.

–Los recibiere aquí –el rostro de Marian reflejaba inquietud.

–Será la policía –le tranquilizó Fernanda–. No es la primera vez que me interroga.

A medida que aquellos dos hombres se acercaban, la psicóloga pudo comprobar que no se trataba del inspector Zaldua, por lo que llegó a dudar de sus identidades aunque no dijo nada por no inquietar a su amiga.

–Buenas tardes –saludó el más joven–. Me presentaré, soy Fabio Montini, íntimo amigo de Mat Blunt.

–Usted le ayudaba en sus investigaciones –le interrumpió Fernanda.

–Veo que él le habló de mí –observó el hombre–. Tengo entendido que usted estaba cenando con Mat cuando ocurrió el atentado.

–Así es, pero ya explique a la policía que no pude ver al autor de los disparos.

–No se preocupe, solo queríamos saber cómo se encuentra, pues en el hospital no nos han dejado verle.

–Esta noche se cumplen cuarenta y ocho horas desde la intervención. Si las supera habrá muchas posibilidades de que se recupere.

–Nosotros vamos a permanecer aquí hasta que todo se resuelva –dijo Fabio–, y nos agradaría mantener el contacto mien-

tras ustedes continúen también en este lugar.

–Es una buena idea –aseguró Fernanda–. Por cierto, tal vez deban saber que mi compañera es la hermana que Mat andaba buscando. Lo descubrimos momentos antes de que le dispararan –añadió.

LA RECUPERACIÓN DE MAT

Aquella mañana las dos amigas tuvieron que hacer un rápido cambio de planes. Estaban desayunando, cuando de pronto el teléfono móvil de Fernanda empezó a sonar. La llamada procedía del hospital. Es así como supo que Mat iba a ser trasladado a planta. Probablemente el cambio se efectuaría hacía el mediodía, razón por la que se les pedía que no visitaran al herido hasta la tarde. Eran excelentes noticias.

La psicóloga marcó el número de Fabio, y le participó lo que acababa de saber.

–Ha hecho bien en llamarme –le agradeció el italiano–, porque en cuanto pase a

ocupar una habitación, habrá que poner hombres que le protejan y velen por su seguridad.

–No lo había pensado –musitó la mujer.

–No se preocupe. Es un tema del que me responsabilizare personalmente.

A cierta distancia, Palmira contempló a las dos mujeres. No le pasó desapercibida su júbilo, probablemente el periodista se estaba reponiendo. Deseó no equivocarse mientras mordisqueaba una tostada. Pensaba ir a visitar a Miguel. Le habían internado en el psiquiátrico de Tapiz, de eso hacía más de cuatro años, más sosegado pero irrecuperable para la cordura. Desde que perdieron a Sonia, él no había sido el mismo. Debía ponerse en camino. La anciana se levantó para abandonar el comedor. Cuando estuvo a la altura de las dos amigas, Fernanda se percató de su presencia.

–Buenos días –saludó.

–Son realmente buenos. Mat saldrá hoy de cuidados intensivos.

–Me alegro mucho –aseguró Palmira mirando fijamente a Marian–. Más adelante es posible que vaya a visitarle. Tengan un desayuno agradable.

–¿Quién es? –preguntó Marian.

–Es la dueña de este lugar –señaló la psicóloga–. Es una señora encantadora.

–¿Te has fijado en cómo me observa? Por su edad debió conocer a la gente de la secta, quizá me mira porque me parezco a mis padres o algo así –aventuró la hermana del periodista.

–Podría ser.

La tarde se demoró mucho más de lo que hubieran deseado, pero al fin llegó el momento de ver a Mat. En la puerta de su habitación se habían instalado un par de sujetos grandes y fuertes, con aspecto de boxeadores, a los que tuvieron que dar todo tipo de explicaciones antes de que les franquearan la entrada.

Mat dormía, y Marian pudo contemplarle a placer. No obstante parecía abatida, seguramente había esperado más de aquella visita. Ningún vestigio del pasado le había rozado siquiera, y en aquellas circunstancias cualquier detalle evocador hubiera sido un bálsamo para sus heridas. Aquel hombre guardaba en su interior algo muy grande para llamarla en su lecho de dolor, el niño que un día fue debía haberla querido mucho. Perdida en estas meditaciones, acarició su pelo ondulado y rubio, en un gesto de ternura expectante, casi maternal.

Entonces sus párpados se abrieron para descubrir unas pupilas dilatadas por el asombro, ante la caricia persistente de la mano desconocida. El gesto fue adquiriendo una tibieza calculada, un rasgo de broma disfrazada de cierta seriedad.

–Creo que sé quién eres –susurró–. ¿Todavía te gustan los huevos fritos?

Marian lloró silenciosamente sin acertar a responder nada, pero ambos supieron que aquel llanto llevaba años agazapado en recuerdos fragmentarios de un pasado arrebatado que habrían de reconstruir para poder seguir adelante con sus vidas.

–Gracias Fernanda –fue lo único que acertó a decir después, antes de quedarse nuevamente dormido.

–¿Cómo os conocisteis? No me lo has contado –se mostró curiosa Marian.

–Me invito a comer nada más verme. Descubrió que yo era la psicóloga de la prisión estatal que tanto había dado que hablar a los periodistas.

–No creo que te invitara a comer solo por eso. Seguramente le gustas bastante.

–Eso espero –admitió Fernanda–. Porque yo estoy loca por él.

–Bien, creí que nunca te oiría decir algo así.

Una enfermera interrumpió la conversación de las dos mujeres.

–No conviene que permanezcan aquí demasiado tiempo. Como saben, acaba de salir de cuidados intensivos y hay que ir con precaución.

A esa misma hora, Palmira salía del psiquiátrico de Tapiz. Su marido no había tenido un buen día, estaba especialmente irritable y ansioso. Además de eso, la enfermedad estaba causando estragos en Miguel. La piel se le llenaba de eccema, no podía mantener los pies quietos ni por un instante, y el exceso de tabaco se había convertido en una dura amenaza para sus vías respiratorias y su corazón. Por todo ello, la anciana estaba baja de ánimo. Cuando caminaba hacía su coche se cruzó con el director del establecimiento. Aquel hombre siempre le producía una extraña sensación.

LA CARTA

La evolución de Mat estaba siendo rápida y satisfactoria. Su naturaleza saludable conseguía imponerse a la adversidad, ahuyentando los malos presagios. No obstante, las investigaciones policiales seguían su curso, porque el hombre que había disparado contra él seguía libre.

Aquel día el inspector Zaldua recibió una carta con carácter urgente matasellada en una localidad cercana. Cuando la abrió, comprobó que se trataba de un anónimo. Ese tipo de testimonios siempre complicaba las cosas. No se les podía dar total credibilidad, pero tampoco convenía descartarlos. Se sirvió un café bien cargado y tomó asiento en aquel despacho suyo donde

imperaba un desorden que a él no parecía molestarle lo más mínimo. Abrió el sobre y leyó:

"Con relación al caso Blunt, hay una persona a la que debe interrogar e investigar a fondo. Se trata de Palmira Galán. Esa mujer fue la verdadera causante de la muerte de los miembros de la secta Hijos De La Tierra. Mantenía relaciones con Huahib Dadi, del que se había enamorado perdidamente.

No hubo suicidio colectivo, jamás estuvo en el ánimo de la secta tal final. Palmira no soportaba que el líder mantuviera relaciones sexuales con casi todas las mujeres del grupo. Muchas de ellas incluso tenían hijos con él, y eso, a una mujer celosa como ella, le estaba desquiciando por completo.

Aprovechando un viaje de Huahib, Palmira envenenó las infusiones que los miembros de la secta acostumbraban a consumir en uno de los rituales que precedían la llegada del verano. Su mente criminal tuvo el gesto de poner a salvo a los niños.

Mat Blunt ha estado hurgando en el pasado, y Palmira está dispuesta a atajar eso al precio que sea.

Siga esta pista si desea dar carpetazo al caso rápida y eficazmente".

El inspector se quedó durante unos instantes pesando ¡Menuda bomba le acababan de soltar en las narices! La intachable Palmira imputada y puesta en la picota en cuestión de segundos, no por un caso corriente, no, sino por el más execrable de los últimos tiempos.

Hubiera deseado hacer una pelota con aquel pliego de papel y tirarlo al cesto de los desperdicios. Olvidarse de haberlo leído, para seguir con lo realmente importante. Lástima que eso no fuera posible. Su inmediato superior querría también leerlo.

La orden no se hizo esperar, había que tocarle el tema a la anciana. Por deferencia

a su edad, se le permitiría declarar en su propia fonda, y luego ya se vería el cariz que iban tomando las cosas.

El inspector Zaldua partió en busca de Palmira, malhumorado por aquel contratiempo que a su juicio solo les restaría credibilidad ante la gente del pueblo.

La anciana había vuelto al psiquiátrico. El calor parecía dispuesto a quedarse definitivamente, por lo que habría que hacer ciertos cambios, tales como sustituir los pijamas invernales de Miguel por otros más livianos, o las camisetas de manga larga por otras más ligeras de manga corta.

Mientras caminaba por los pasillos, tuvo la sensación de que alguien la observaba. Se recriminó por aquella percepción sin fundamento que denotaba desconfianza hacia sus semejantes. La vejez cambiaba mucho a las personas, por eso tenía que

estar atenta ante aquellos brotes absurdos de suspicacia. Últimamente estaba teniendo episodios similares con frecuencia. Sin ir más lejos, le había ocurrido con el director del psiquiátrico; algo en su mirada le hizo sentir un escalofrío, y cuando le sonrió amablemente, el tiempo se detuvo como si aquel gesto fuera la reminiscencia de un momento ya vivido. Se estaba volviendo rara, y eso le hacía sentir miedo.

Mat y su hermana estaban cada día más unidos, se compenetraban perfectamente, y solían mostrar criterios bastante similares cuando analizaban la realidad circundante. El solo hecho de haberse encontrado había invalidado la distancia y el mutuo desconocimiento que les sobrevino tras la desaparición de sus padres. Por eso Marian mimaba cada segundo junto a su hermano, procurando no menoscabar su alegría. Para ello debía ocultar su propia zozobra. A Mat la familia le había llevado a Londres cuando

ocurrió la tragedia, pero ella no corrió la misma suerte. Aquel hecho obedecía, sin duda, a alguna razón poderosa, cuyo origen, todos querían ocultarle. Su fragilidad se había hecho patente en el museo, y después de aquello, ni Fernanda ni su hermano se atrevían a hablarle con la verdad.

Cuando Palmira regresó a la fonda se encontró con que el inspector Zaldua le estaba esperando.

–Tengo que hacerle unas preguntas –le dijo el policía.

–Haré que nos sirvan la cena en una sala privada.

–El asunto que me trae es muy delicado, y preferiría tratarlo de una manera más formal.

–De acuerdo –respondió la mujer–. Otra vez será. Sígame inspector, iremos a mi despacho.

La pieza era sobria pero agradable. Tomaron asiento en dos butacones de cuero negro situados a ambos lados de una mesa espaciosa y bellamente tallada.

–No me andaré por las ramas. Esta mañana hemos recibido este anónimo que le concierne directamente. Véalo usted misma.

Palmira comenzó a leer la carta, y el inspector pudo observar como a cada renglón se hacía más ostensible el gesto de incredulidad de la anciana.

–¡No me diga que han dado crédito a esta barbaridad!

–Nuestra obligación es contrastar todas las informaciones –aclaró el policía.

–Yo no tengo nada que añadir a lo que ya declaré en su día –respondió Palmira–. Efectivamente estuve enamorada de aquel hombre, pero nada tuve que ver con aquella horrible matanza, cuyo objetivo no era otro que desposeer de sus bienes a aquellos infelices. Jamás sospeché nada de lo que Huahib estaba planeando, y desde entonces no he vuelto a saber de él.

–Si eso es cierto, el más interesado en hacernos llegar este anónimo sería el propio Huahib –reflexionó el inspector.

–Y a juzgar por lo nervioso que se está poniendo, juraría que se encuentra más cerca de lo que imaginamos.

–Mantendré los ojos bien abiertos, señor Zaldua –le prometió la mujer.

–Está bien. Por el momento está usted libre de cargos, pero le agradecería que si fuera a salir de la localidad me lo hiciera saber previamente.

MAT VUELVE A LA CARGA

Faltaba poco para que llegara el mes de Junio, cuando Mat manifestó abiertamente su impaciencia.

Doctor, necesito ser dado de alta antes del día dos. Como sabrá, cada año se celebra una ceremonia religiosa por los miembros de la secta que fallecieron en esa fecha, y yo no puedo faltar a ese acto.

El médico permaneció en silencio durante unos instantes, como si meditara la respuesta.

–No habrá problema –aseveró a continuación–. Sus heridas están sanando a buen ritmo. De todas formas, no debe olvidar que quien le ha hecho esto podría volver a intentarlo –añadió después.

–Tendré que correr el riesgo.

Su convicción era plena. El periodista estaba deseando dejar atrás aquella habitación, retornando a su trabajo, donde le quedaba tanto por hacer.

Fabio apareció junto a la puerta, trayéndole el desayuno que había conseguido sustraer de las manos de alguna enfermera.

–Te traigo noticias –anunció al tiempo que acomodaba la bandeja–. Anoche, mientras cenaba con tu hermana y con Fernanda, tuve ocasión de conocer a Palmira.

–¿Te refieres a la dueña de la fonda?

–A esa misma ratificó el italiano–. Nos pidió que nos reuniéramos con ella tan pronto como hubiéramos acabado de cenar. Enseguida supe que algo grave había ocurrido. El inspector Zaldua ha recibido un anónimo en el que se le atribuye a Palmira la muerte de los miembros de la secta. En él se asegura que no hubo suicidio, sino envenenamiento.

–No consigo situar los hechos –dudó Mat.

–Verás, parece ser que esa mujer estuvo muy enamorada del líder. La carta comenta que por esa razón se le hacía insufrible que Huahib mantuviera relaciones con las mujeres de la secta, y más aún saber que incluso tenía hijos con ellas. Asegura que ese fue el móvil que desencadenó la tragedia.

–Alguien está muerto de miedo –sentenció el periodista.

–Desde luego, y no le gustará saber que el inspector Zaldua ha dado escasa credibilidad a sus argumentos. Por si acaso, he mandado que le sigan los pasos a la anciana, quizá nos lleve a algún sitio que merezca la pena.

–Lo dudo, solo sale para visitar a su marido en el psiquiátrico de Tapiz –señaló Mat.

En ese momento llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta, un hombre alto y delgado de aspecto un tanto desgarbado, hizo acto de presencia ante los dos amigos.

–¡Caramba Eduard, creí que no volvería a verte! –confesó el periodista al verle.

–Eso es lo que yo debería decirle a usted –respondió el recién llegado–. ¡Buen susto el que nos ha dado!

–Llegaste y te encontraste con que tu cliente había sido tiroteado.

–Eso fue lo que pasó –confirmó Eduard–. Había estado investigando a la vieja Ofelia. Vive en una residencia de ancianos, ¿sabe? Hablé con ella, y me dio una curiosa información. Me hizo saber que de vez en cuando un hombre suele ir a verla, y que cuando lo hace le lleva bombones y flores, pero hay algo extraño en ese visitante, porque según ella tiene la misma voz que su hijo Huahib, aunque su rostro es totalmente diferente.

–¿Dónde está ubicado ese centro? –preguntó Mat–. Porque habrá que averiguar quién es ese sujeto.

–Se encuentra a las afueras de Guaja.

Ningún frente podía descuidarse, porque de donde menos se esperaba podía brotar una tenue luz, que pese a su debilidad, podía resultar absolutamente válida para iniciar el primer tramo de aquel intrincado laberinto.

Poco antes de cenar, Mat telefoneó al inspector Zaldua a fin de hacerle una petición muy concreta.

–Buenas noches –le saludó–. Soy Mat Blunt, y desearía que me hiciera un favor un tanto especial.

–Soy todo oídos.

–Antes del próximo dos de Junio estaré fuera del hospital. Si usted tuviera la amabilidad de conseguirme un permiso que me permitiera recorrer con entera libertad el

Museo de Historia y Arte, le quedaría muy agradecido. Tendría que ser cuando no haya visitantes. Tengo entendido que los lunes está cerrado al público.

–Veré lo que se puede hacer –se comprometió el policía.

–Quizá logre recordar algún detalle importante –confió el periodista –Le propondré a mi hermana que me acompañe, aunque no estoy seguro de que quiera hacerlo.

–Procuraré serle útil –prometió el inspector antes de despedirse.

Mat reflexionó sobre lo que le había deparado aquel día ¿Sería posible que Huahib comprara flores para su anciana madre? No era fácil predecir los pensamientos de un ser tan siniestro como aquel. Durante muchos años le había martirizado la acuciante necesidad que sentía por comprender su

verdadera naturaleza. Podía ser un demente o sola y únicamente un depravado. Hacía mucho tiempo que comprendió que jamás llegaría a dilucidarlo.

Sus últimos pensamientos antes de acostarse fueron para Fernanda. Ardía en deseos de estar a solas con ella. Aquello se estaba convirtiendo en algo mucho más importante que una simple atracción física.

UNA NUEVA PISTA

Mat fue dado de alta tres días antes del aniversario por los muertos de la secta. Se encontraba bastante bien, pero aún así le habían recomendado descansar más de lo que acostumbraba a hacerlo habitualmente. Marian se puso muy contenta, y Fernanda le obsequió con un cariñoso beso en la boca. No obstante, aquellos gorilas montándole guardia incesantemente a sus costillas, le desagradaban tanto que no conseguía disfrutar de su regreso a la vida activa.

El inspector Zaldua no le había defraudado. Le trajo personalmente la autoriza-

ción para poder escudriñar hasta el último rincón del que fuera hogar de la secta.

Marian no quiso causar una decepción al periodista por no querer acompañarle. Hizo oídos sordos a todos sus temores y aceptó recorrer con él aquel maldito palacio.

Aquel día Mat paseaba por los jardines de la fonda con Fernanda, cuando observaron a Palmira sentada junto a un hombre que iba en silla de ruedas. La anciana no dejaba de hablar a su acompañante, pero él parecía totalmente ausente, ajeno a cualquier cosa que no fuera el cigarrillo que sujetaba su mano derecha.

–Es su marido –aclaró la psicóloga–. Hace años que vive en un psiquiátrico, pero de vez en cuando se lo trae para que pase aquí unos días.

–¿Qué le ocurre? Indagó el periodista.

–No está bien de la cabeza. Palmira asegura que no consiguió sobreponerse a la muerte repentina de su hija.

–No hay más que calamidades por todas partes –se quejó Mat apesadumbrado.

–No quiero oírte decir eso –protestó Fernanda–. Podremos ser felices a pesar de todo, ya lo verás.

–En eso confío, porque cuando sea viejecito espero que continúes a mi lado todavía.

Las rosas despedían un aroma intenso, y el rumor del mar mecía la tarde con la cadencia de un devenir incesante, tan viejo como el propio mundo. La melodía surgió tras ellos, con total menosprecio al equilibrio casi perfecto de aquel instante. Alguien la estaba silbando, sin omitir ninguno

de sus variados matices. Mat quedó clavado a la tierra que en ese momento pisaba. Conocía bien las notas de aquel himno; lo tenía gravado en sus viejas cintas de cuando era niño. Giró sobre sí mismo como un resorte, quien quiera que fuera, tenía que haberla aprendido en contacto con la secta. No había otra forma.

Se fueron acercando hacía Palmira y su marido, el hombre de la silla de ruedas, que sin reparar en la excitación que provocaba, prosiguió modulando su canto. Fernanda observaba qué estaba ocurriendo.

–¿Cómo se encuentra hoy? –se interesó Palmira dirigiéndose a Mat.

–¿Su marido perteneció a la secta?

–¿Qué clase de pregunta es esa? –inquirió –No, Miguel no perteneció jamás a los Hijos de La Tierra.

–Explíqueme entonces como es que silba su himno.

–¿Su himno, dice? –preguntó asombrada la anciana, y posteriormente, dirigiéndose a su marido, indagó–. Cariño ¿dónde has aprendido esa canción?

–Sé muchas más –respondió Miguel–. Las aprendo de Osvaldo.

–Se refiere al director del psiquiátrico –explicó la mujer.

–Pues tendremos que investigar a ese hombre –sentenció el periodista.

La tensión quedó suspendida en el aire al comprobar que el teléfono de Mat estaba sonando.

–Soy Eduard –oyó decir al otro lado de la línea–. He podido comprobar que la persona que visita periódicamente a Ofelia, es su otro hijo, Raúl Dadi. He conversado largamente con él, pero no he obtenido nada que pueda interesarnos. Al parecer, mucha gente solía decirles a los dos hermanos que tenían un timbre de voz bastante semejante.

–Está bien –aceptó Mat–. De todas formas, tengo una nueva sospecha en la que debes empezar a trabajar de inmediato. Ven hacía aquí lo antes que puedas.

Miguel había dejado de silbar. Ahora estaba contrariado porque se le había terminado el paquete de tabaco y su mujer no accedía a traerle inmediatamente otro.

–Debemos localizar al inspector Zaldua –sugirió Mat–. Y ponerle al corriente de esta nueva pista.

Dos días más tarde, justamente la víspera del aniversario, era la fecha señalada para que Mat y su hermana visitaran con entera libertad las dependencias del museo. El periodista estaba encantado de tener aquella oportunidad, en cambio Marian permaneció en todo momento llena de aprensión, con la actitud del que se sabe acechado por el peligro.

Era un lugar enorme, con estancias a derecha e izquierda. Los suelos, de una madera rojiza brillaban como caramelo recién chupado, y la serpenteante escalera de anchos peldaños tenía una balaustrada negra donde dioses y demonios trataban de enarbolar con ímpetu voraz su hegemonía.

Mat penetró en una gran dependencia, una de tantas salas del actual museo.

–Aquí estaba la cocina –recordó–. Tú te pasabas gran parte del día metida entre estas cuatro paredes. Sus postres nos gustaban muchísimo, pero nos insistían en que no habría nada dulce para quien dejara en el plato legumbres o verduras.

–Es grande –dijo Marian por toda respuesta.

–Lo es, y hacíamos muchas cosas en ella. Mamá nos contaba historias mientras separaba las lentejas buenas o aprendíamos a sumar, al tiempo que desgranaba los guisantes.

–¿Cómo era mamá?

–Se parecía mucho a ti. Era dulce y bonita. Decía que un día volveríamos a Londres y que seguramente nos encantarían sus calles y sus museos.

La pieza que en otro tiempo albergara las duchas colectivas no había sido remodelada. Mat permaneció junto a la puerta con la mirada perdida. Volvió a ver aquellos cuerpos desnudos, empapados; hombres y mujeres frotándose las espaldas. Cerca del omoplato izquierdo llevaban un círculo gravado, y dentro de él, las dos iniciales: H. T. Lo había recordado con rotunda nitidez. Huahib también lo tenía.

–¿Te encuentras bien? –su hermana se le aproximó lentamente.

–Sí, no te preocupes. Acabo de percatarme de un detalle que había olvidado por completo. Los miembros de la secta solían tatuarse un círculo en la espalda, con las iniciales de su nombre.

–Yo no consigo recordar apenas nada –murmuró Marian.

–Eras muy pequeña, de hecho la más chiquita de entre los niños. Todos te adorábamos.

–¿Cómo pudieron hacer lo que hicieron, Mat?

–No te angusties. Eso nadie conseguirá explicártelo. En este tipo de grupos te vacían de ideas la cabeza, y utilizan técnicas para transformarte en un fanático, hasta anularte como ser humano… Nunca he estado en esa tesitura, por lo que realmente no sé exactamente qué y cómo lo hicieron.

–Ese Huahib debe ser un monstruo sin sentimientos.

–Por eso tengo que dar con él; impedir que haga con otros lo que hizo con nuestros padres. Hay líderes que lo han intentado una y otra vez.

–Tienes razón, debes atraparle –aceptó Marian, que de pronto, al mirar por la ventana, creyó reconocer el paisaje que de niña divisaba.

–Este era tu cuarto ¿Tampoco lo recuerdas? –quiso saber Mat.

–Por un momento me ha resultado familiar, pero no estoy segura.

–Da igual, vámonos ya.

–Espera, Mat. Quiero que me digas la verdad, ese infame es mi padre, ¿verdad?

–El periodista sintió que su hermana estaba preparada para encajar aquel golpe, que podría afrontarlo.

–Podría ser –admitió–. Aunque no existe una certeza completa. De todas formas, eso no cambia nada.

–Tienes razón. Tú y yo siempre seremos hermanos.

–Eso es, y voy a decirte algo más, nadie tiene derecho a humillarnos por lo que pasó aquí ¿Lo has entendido? Absolutamente nadie.

Cuando salieron del museo, vieron que el inspector Zaldua caminaba hacía ellos. No parecía en modo alguno satisfecho.

–Hemos interrogado al director del psiquiátrico –les explicó–. Tengo la intuición de que nos oculta algo. Dice no saber donde escuchó ese himno, pero lo más llamativo es que su lugar de residencia es un chalet que parece estar muy por encima de sus posibilidades. Voy a solicitar una orden de registro y un permiso para analizar detenidamente sus cuentas.

EL ANIVERSARIO

Antonio Tapia no volvió a tener paz desde el fatídico día en el que perdió a sus padres. Su estructura interna se alteró para siempre, lo cual empezó a condicionar su trayectoria de perdedor permanentemente ofuscado por una ira incontrolable y agresiva. Sus abuelos maternos se habían pasado la vida viéndole entrar y salir de las penitenciarías ubicadas a lo ancho y largo de todo el país, hasta que murieron con la convicción de que más le hubiera valido no haber nacido.

Amanda conocía los hechos. Había escrito cientos de cartas para Antonio en aque-

llos años, porque nunca perdió la esperanza de recuperarlo para una existencia más feliz, o por lo menos un poco más apacible. Él no siempre le respondió, pero su corazón acumuló cierto agradecimiento para con aquella mujer que no quería condenarle al olvido. Eran de alguna manera como hermanos, e incluso más que eso, puesto que la orfandad les llegó en el mismo segundo del mismo día, con aquel horror que nadie podía comprender sin haber sido uno de los hijos de la secta.

Amanda se tomó la molestia de ir al encuentro de Antonio con la intención de decirle que aquel aniversario sería diferente, porque Mat Blunt había llegado desde Londres para estar con ellos.

–Creí que no volveríamos a verle –fueron las palabras del hombre.

–Casi llegas a tener razón –respondió Amanda–. Han estado a punto de matarle.

–¿Qué le ha ocurrido?

–Mat lleva tiempo tras la pista de Huahib. Varias veces ha estado a punto de atraparle, pero en el último momento las cosas se han torcido y no ha podido ser. En esta ocasión ha debido estar especialmente cerca de la bestia.

Antonio se restregó los ojos en un gesto de incredulidad casi infantil.

–¿Dónde estaba cuando pasó?

–En Fonda Palmira. Le dispararon a quemarropa. Aún hay algo más… Mat ha logrado reunirse con su hermana Marian. Estaremos todos de nuevo.

–Tendré que comunicárselo a los demás –propuso Antonio–. Se van a llevar una gran sorpresa.

–Desde luego que sí –ratificó ella–. Afortunadamente mi tía nunca perdió el contacto con los Blunt.

–Esa gente no se portó bien con la pequeña Marian –apuntó él.

–¿Quién puede mantener la cordura, cuando le toca vivir algo como aquello?

–Tienes razón –concedió Antonio.

Sor Ana informó a la madre superiora que, como todos los años, se ausentaría del convento para reunirse a rezar por la memoria de sus padres. Entre aquellos muros había conseguido aquietar los fantasmas de aquel pasado terrible. Era la mayor de todos ellos, y había sido violada con frecuen-

cia por Huahib y sus más allegados. Nunca hubiera podido casarse, aunque nadie en su familia lo sabía.

Alberto y Juan habían tenido suerte. Los gemelos eran poco mayores que Marian, por lo que no recordaban gran cosa. Quedaron a cargo de unos tíos que no pudieron tener hijos propios, y sus vidas no sufrieron los sobresaltos de las de Antonio y Ana.

Quien más, quien menos, todos debían hacer un esfuerzo para que no afloraran los sentimientos, para que no se transformaran en un profundo grito de dolor. Allí estaba la gran casona, con su fuente y su cerezo, con sus magníficos jardines y la fuerza del recuerdo, demoledor, enajenante. El destino volvía a unirles camino de la capilla del museo, náufragos de una misma catástrofe y poseídos por una única quimera, atrapar al causante para llevarlo ante la justicia.

Finalizado el oficio religioso, supervivientes y familiares, visitaron el monolito que se había levantado en memoria de las personas fallecidas y depositaron flores junto a él.

Fueron horas de intensa emoción, en las que los hijos de la secta pudieron intercambiar recuerdos de infancia y ponerse al día sobre su vida actual. La jornada terminó con una comida en Fonda Palmira, tras la cual Fernanda y Marian se retiraron a descansar porque la jornada les había resultado francamente agotadora.

Unos días más tarde, el inspector Zaldua comunicó a Palmira que deseaba poner a su disposición cierta documentación que le había sido intervenida a Osvaldo.

–¿Qué puedo sacar yo de estos papeles? –preguntó la anciana.

–Nunca se sabe Palmira –contestó el policía.

–Suponemos que Huahib habrá cambiado su nombre, pero podría mantener contacto con Osvaldo. Tal vez usted pueda reconocer su letra en alguna de estas cartas. Si así fuera, averiguaríamos su nueva identidad.

–Dudo mucho que pueda ayudarles, porque apenas recuerdo su modo de escribir, pero nada perdemos con intentarlo.

–Muy amable –agradeció el inspector–. No dude en llamarme si detecta algo extraño.

LOS PAPELES DE OSVALDO

Por primera vez en mucho tiempo aquel día llovió, y lo hizo con una furia contundente, en cambio todos parecieron gratamente sorprendidos por aquel giro climatológico que les proporcionó un agradable paréntesis en medio del bochorno y la sequía. Palmira aprovechó el momento para ponerle un ojo a aquel lío de papeles que el inspector Zaldua le había enviado con algún fin que por ahora se le escapaba. De cualquier forma, una vez más tenía que pensar en Huahib. Era una lacra de la que no conseguía desprenderse, el castigo pertinaz a su pasión insensata y adúltera.

Osvaldo había recibido algún que otro requerimiento para acudir a congresos de psiquiatría, invitaciones a cócteles, informes de pacientes que iban a ser trasladados al establecimiento que dirigía. Algún colega le había pedido consejo, e incluso algún otro se había permitido hacerle ciertas sugerencias. Nada de interés. Una empresa farmacéutica que suministraba los pedidos del centro psiquiátrico informaba de los productos recién incorporados a su firma. Las contraindicaciones iban cediendo trecho a las ventajas que de ellos podrían obtenerse.

Súbitamente surgió, como un premio a su constancia, al esfuerzo de sus ojos cansados por el tiempo. Aquella firma no pudo pasarle desapercibida, aunque rodeaba otro nombre y remarcaba otro apellido. Poseía la singularidad que permitía intuir su misterio, su naturaleza enigmática, inson-

dable. Cual serpiente hipnotizadora, la rúbrica se fue adentrando en el pensamiento de Palmira con un poder excluyente y perturbador. Huahib la estaba una vez más poseyendo, ni siquiera necesitaba hacerse presente para hacerlo.

La anciana no opuso resistencia. Se tomó su tiempo para recuperarse, antes de marcar el número de la comisaría.

–Lo tenemos –aseguró–. Se hace llamar Alfonso García. Es el gerente de Farmacéuticas SANA.

–Sabía que lo conseguiría –se congratuló el inspector–. Perdóneme por hacerle pasar por esto.

–Cójale –suplicó ella–. Hágalo cuanto antes.

–Los efectivos de la policía no tardaron en ponerse en camino para capturar al psiquiatra y a Huahib. Osvaldo fue detenido en el preciso momento en que, dispuesto ya su equipaje, pensaba darse a la fuga, pero con el líder no hubo tanta suerte. Había desaparecido en el último momento sin dejar rastro, asestando otro duro golpe a la moral de sus perseguidores. Mat y su hermana no daban crédito a la noticia.

–Tal vez hemos perdido la última oportunidad de atraparle –se lamentó el periodista. Ignoraba que aquella misma noche, la situación daría un giro totalmente inesperado.

Estaban cenando cuando sonó su teléfono móvil.

–Dígame

–¿Es usted el periodista que anda buscando a Huahib Dadi?

–Si, en efecto ¿Con quién hablo?

–Con alguien que puede informarle de su paradero.

–Hable, por favor. Dígame lo que sepa.

–Si le interesa, le espero a media noche en el puente Guadalupe.

–¿Qué desea a cambio?

–No demasiado. Tengo algunos agujeros por tapar y tantas ganas de que atrapen a ese miserable como usted.

–Está bien, allí estaré.

–No hable con la policía –advirtió el desconocido.

En cuanto se cortó la comunicación, Fernanda mostró su inquietud.

–Te has citado con alguien a quien no conoces. Es muy peligroso, podría tratarse de una trampa.

–Lo sé, pero tengo que acudir. Sabes que me estoy quedando sin alternativas –argumentó el periodista.

–Convendría alertar al inspector Zaldua –recomendó Marian.

–Ni hablar –negó Mat–. El trato es que no intervenga la policía.

–Espero que sepas lo que haces –se resignó su hermana.

Poco después, Fernanda y Marian se despedían de Mat, recomendándole que

tuviera precaución y evitara en lo posible riesgos innecesarios. Nadie estaría tranquilo hasta que aquello concluyera.

El inglés aparcó su coche a pocos metros del puente, completamente desierto a aquellas horas de la noche. No tuvo que recorrer mucha distancia, cuando tuvo ante sí a un hombre que venía en dirección a él con paso decidido.

–¿Mat Blunt?

–Sí.

–Soy el hombre que anda buscando.

–Terminemos cuanto antes. Déme la información y dígame lo que pide a cambio.

–No me ha entendido –aclaró el recién llegado–. Soy el hombre que anda buscando, Huahib Dadi –mientras le apuntaba con

una pistola que acababa de extraer de su abrigo.

–¡Maldito asesino!

–Podíamos haber seguido con nuestras vidas, pero tuvo que llegar usted a entrometerse y a estropearlo todo.

–¡No se saldrá con la suya!

Huahib apuntó con su arma a la cabeza de Mat, y en ese momento sonaron dos detonaciones, pero no fue el cuerpo del periodista el que se desplomó sobre el asfalto, sino el del líder de la secta, que quedó tendido sobre un gran charco de sangre. Tras unos segundos de confusión el inglés vio acercarse a otro hombre gritando:

–Tranquilo, Mat, todo ha terminado.

Cuando llegó a su altura comprobó que se trataba de Antonio Tapia.

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Llevo varios días siguiéndote. Sabía que tarde o temprano contactarías con este psicópata.

CAPÍTULO FINAL

Osvaldo se derrumbó al saber que Huahib había muerto. Su gesto altivo se descompuso como por arte de magia, y en un instante envejeció años. Asumió que todo estaba perdido, lo cual le hizo bajar la guardia, empujándole a hablar de lo que hasta entonces no había podido confiarle a nadie.

–Dirigir a los Hijos de La Tierra nos dio un poder inusitado –reconoció–. Las vidas de todos los adeptos dependían de nosotros. Nos proporcionaron más de lo que alcanzamos a soñar.

–Añora aquel tiempo, ¿no es así?

–Huahib me prometió que volveríamos a hacerlo. Habíamos cambiado de rostro y de identidad, no tenían porque reconocernos. Trabajaríamos en la sombra hasta poder instalarnos en algún lugar agradable como un grupo religioso perfectamente legal.

–¿Quién más estaba en el proyecto?

–Solamente nosotros. Huahib era muy precavido, no se fiaba de nadie.

–¿Por qué creía en su fidelidad?

–Me conocía bien, sabía que yo echaba de menos aquella vida, sobre todo los encuentros sexuales con las mujeres.

–El provecho económico que obtuvieron tampoco fue despreciable –observó el inspector.

–Nos convirtió en ricos –admitió Osvaldo–. Teníamos más dinero del que podríamos gastar.

–Pero deseaban todavía más.

–Usted no puede entenderlo –señaló el hombre con indiferencia.

–Antonio Tapia tendría algunas dificultades por lo que había hecho, aunque dadas las circunstancias, el número de atenuantes a su favor era considerable. Su abogado confiaba en poderle sacar con bien de todo aquello.

–Fernanda y Mat proyectaban casarse cuanto antes. Ella necesitaba tomarse un verdadero descanso antes de incorporarse

a su trabajo. Los últimos acontecimientos, lejos de proporcionarle la paz que necesitaba, habían incrementado su estado de ansiedad. Afortunadamente, le quedaban un par de semanas antes de reintegrarse a su puesto en la penitenciaria. Pensaba disfrutarlas plenamente junto a Mat. Posteriormente, el periodista solicitaría un traslado a España para trabajar como corresponsal de prensa al servicio de su periódico.

Por su parte, Marian regresó junto a los suyos, a quienes les relató con todo lujo de detalles los hechos ocurridos en aquel lugar. Dirigiéndose a su madre preguntó:

–Mamá, ¿tú conocías la verdad?

–Sabía que tus padres eran miembros de la secta, y que perdieron la vida en aquella casa. Sin embargo, los servicios sociales nos instaron a hacerte creer que fallecieron en

un accidente. Pensaban que la verdad podría dañar seriamente tu salud emocional. Lo que ignorábamos era que aquel miserable fuera tu verdadero padre.

–Por lo que a mí respecta –sentenció Marian –mis verdaderos padres habéis sido vosotros.

Palmira era plenamente consciente de que Huahib seguiría planeando sobre las vidas de los supervivientes y familiares de la secta. Su alargada sombra se proyectaría, dando paso a una redistribución del producto de su rapiña. Igualmente Osvaldo tendría que desprenderse de todas sus propiedades y bienes, que pasarían a sus legítimos dueños, mientras que a él no le quedaría sino la tétrica soledad de su celda.

–¿Cómo se siente? –le preguntó el inspector Zaldua cuando periodistas y curiosos

empezaron a marcharse por donde habían venido.

–Se lo voy a decir –anunció ella con tristeza–. Vacía es como me siento, porque a pesar de todo lo que ha ocurrido, tengo la impresión de que mi vida comenzó cuando le conocí, y ahora que él ha muerto, para mí no tiene ningún sentido continuar viviendo.

–Lo suponía –admitió el policía–. Aunque hubiera querido equivocarme. No obstante, usted nos lo entregó, y con ello se impusieron su honradez y su buen juicio.

–Es usted un hombre encantador –sonrió la anciana–. Consigue que le hablemos con total sinceridad, pero jamás se jactará de eso. Creo que es un excelente policía.